



ECLESIAÍSTICOS Y VIDA COTIDIANA EN LA CASTILLA DEL SIGLO DE ORO

J. CARLOS VIZUETE MENDOZA*

* Universidad de Castilla-La Mancha, España

1. El número de los eclesiásticos



as estimaciones en cuanto a su número son bastante inseguras, tanto por la imprecisión de las fuentes como por las lagunas de los censos que, teniendo una finalidad fiscal, no contaban a los exentos. Los únicos datos fiables para Castilla en la época de los austrias son los del censo de 1591. Felipe Ruiz Martín¹ llega a contar 74,000, de los que 33,000 son clérigos seculares, 20,000 los religiosos y otras 20,000 las religiosas. Por su parte, Annie Molinié² no ha contado más que 63,400. Estas cifras representan el 1.3 y el 1.1 por ciento de la población total del reino, muy lejos de las que publicarían, pocos años después, algunos arbitristas destacados: Sancho de Moncada en 1629 cifraba la población eclesiástica nada menos que en un cuarto del total; Pedro Fernández de Navarrete³ en 1632 cifra el número de los

regulares en 70,000. A mediados del siglo XVII la proporción de los eclesiásticos alcanza, en opinión de Domínguez Ortiz,⁴ el 1.5 del total, debido al descenso general de la población.

Su distribución por la geografía castellana era irregular y daba, así lo reflejan los viajeros que la recorren, la impresión de que existía un número excesivo de clérigos en las ciudades, sobre todo en las más ricas y populosas. Las sedes episcopales reunían a un crecido número, unos formando parte de una amplia curia, el clero catedralicio, las numerosas parroquias urbanas, capellanes o simples coronados, clérigos que tan solo han recibido la primera de las órdenes menores, la tonsura, que se encuentran en el inicio de una carrera que en muchos casos abandonarán. Además numerosos miembros de las órdenes mendicantes y de otras nuevas, nacidas con la Reforma Católica, y que tienen en la ciudad su campo de acción apostólica y sus medios de vida. Por el contrario, en las regiones pobres o marginales, la ausencia de curas llegó a ser preocupante.

Y ¿cómo viven los obispos, canónigos, capellanes o simples frailes en la Castilla del siglo de Oro? Es difícil responder a esta pregunta dada la diversidad, que tiene sus raíces en su irregular reparto territorial y, sobre todo, en su pertenencia o no a alguna de las órdenes religiosas; esto es, según fueran clérigos regulares o seculares. Entre estos últimos el elemento diferenciador es la renta que perciben.



2. El clero secular

A. El alto clero. Los obispos y los miembros de los cabildos

Por las mismas fechas del censo de Castilla la jerarquía de la Iglesia española estaba compuesta por 11 arzobispos y 56 obispos que gobiernan las diócesis de las Coronas de Castilla, Aragón y Portugal. Ejercen esta función en relación directa con el monarca que, en virtud del privilegio de Presentación, ha elevado sus nombres a Roma para su preconización. Rara vez los Papas se negaron a confirmar las propuestas de los reyes españoles. Las condiciones de los candidatos fueron establecidas por los Reyes Católicos y han sido estudiadas por Tarsicio Azcona,⁵ que compendia estos criterios en cuatro enunciados:

1. Obispos naturales de estos reinos.
2. Obispos honestos, no sólo en el tema de la continencia, sino dedicados al servicio de las diócesis por encima de sus intereses materiales y familiares.
3. Obispos de clase media, incluso pobre.
4. Por último, obispos letrados. Es decir, procedentes de los claustros universitarios.

El resultado fue un predominio de obispos castellanos; extraídos, en un número considerable, de la burocracia cortesana y de la docencia en universidades y colegios mayores, muy pocos tenían experiencia pastoral; y en su mayoría eran clérigos seculares. Aparece así un nuevo tipo de obispo, que ha dado pie para hablar de la figura del obispo ideal y que en realidad no era otra cosa que la encarnación progresiva en el episcopado de los criterios de la Reforma Católica.

Aunque siempre es arriesgado generalizar, se puede afirmar que los objetivos se cumplieron y que el comportamiento pastoral y el tenor de la vida del episcopado español fueron dignos. No faltan los prelados irresidentes, cortesanos o nepotistas, pero no son lo ordinario.

Las rentas de los obispados no eran excesivamente elevadas, salvo los casos de Toledo (200,000-250,000 ducados anuales), Sevilla (algo más de 100,000), Santiago, Córdoba y Cuenca (cerca de 50,000), la mayoría oscilaban entre 15,000 y 30,000 ducados, lo que las situaba a la misma altura que muchas familias de la nobleza titulada. Los pequeños obispados gallegos y catalanes estaban entre los más pobres, con unas rentas que no alcanzaban, en algún caso, los 5,000 ducados.

Los miembros de los cabildos y colegiatas sumaban unas 7,000 personas. Existía entre ellos una jerarquización: dignidades (deán, arcipreste, arcediano, chantre), simples canónigos, beneficiados (racioneros y medio racioneros) y capellanes, con notables diferencias en cuanto a funciones e ingresos. Dignidades y canongías eran provistas, en principio, por un sistema de presentación o patronato, cuya titularidad recaía en el obispo o en el propio cabildo. El número de los componentes de los cabildos variaba a tenor de su importancia. El de Toledo era especialmente numeroso: 14 dignidades, 60 canónigos, cerca de un centenar de beneficiados y 200 capellanes, aparte de músicos y subalternos. Pero habitualmente un cabildo no sobrepasaba las 30 ó 40 personas.

Los ingresos que disfrutaban por los beneficios eran también variables de unos cabildos a otros. Mientras el arcediano de Toledo recibe unos 20,000 ducados al año, y los canónigos de dos a tres mil, los de Mondoñedo o Seo de Urgel no alcanzaban los doscientos, menos que los párrocos de algunas grandes parroquias. Los canónigos se integran en el patriciado urbano; son propietarios de bienes rústicos e inmuebles, mecenas y protectores de artistas, constructores

de capillas, y no faltan los que invierten su capital en actividades mercantiles y comerciales del más variado signo.

Racioneros y capellanes formaban un grupo claramente diferenciado de prebendados y canónigos; con unos ingresos más modestos, se veían obligados, con frecuencia, a complementarlos con otras ocupaciones, como administradores de monasterios de monjas o preceptores de nobles.

B. El bajo clero

El bajo clero era enormemente heterogéneo, por sus funciones pastorales, nivel de ingresos, formación y modos de vida. La responsabilidad pastoral de las parroquias, fundamentalmente la administración de los sacramentos, era exclusiva de los párrocos. El número de los feligreses y la extensión de la parroquia determina las grandes diferencias económicas que se dan entre unos párrocos y otros. Parece que, salvo excepciones, todos ellos disfrutaban de unos ingresos que les aseguraban un cómodo pasar. Las rentas de un curato están entre los 1,000 ducados de algunas parroquias ricas y los 100 que apenas alcanzaban las pequeñas parroquias gallegas. Un caso excepcional son los 8,000 ducados que a finales del siglo XVI proporcionaba el curato de Villarrobledo, más que algunos obispados.

Los beneficios simples y las capellanías no tenían cura de almas. Domínguez Ortiz,⁶ estima que su número era siete veces mayor que el de las parroquias y sus ingresos, por lo general, reducidos.

C. La vida del clero secular

El nivel moral e intelectual del clero secular, sobre todo del rural, era muy bajo. De la ordenación de su vida y la corrección de sus defectos se ocupan constantemente los concilios y sínodos desde la Edad Media, incluyendo siempre un apartado, “De vita et honestate clericorum”. El Tridentino procuró mejorar su formación y selección ordenando la creación de seminarios, sólo muy tardíamente implantados por los obispos en sus diócesis; y de su corrección siguieron ocupándose los sínodos provinciales y diocesanos que intentaban la aplicación del concilio.⁷ Todos ellos insisten en la obligación de residencia que tienen los miembros de los cabildos de catedrales y colegiatas,⁸ así como los curas y beneficiados en sus parroquias o cerca de ellas para atender a sus feligreses y participar en los actos de culto;⁹ en que deben celebrar misa al menos ciertos días, que incluyen las tres Pascuas;¹⁰ en la obligación de rezar las horas canónicas, incluso las nocturnas, leyendo del breviario y no de memoria,¹¹ así como no confiar a esta facultad las oraciones de la misa.¹² En la dignidad del estado eclesiástico que ha de manifestarse tanto en la apariencia externa como en su comportamiento público, evitando todo tipo de escándalos. Así se manda que los clérigos han de llevar rasurada la corona, conforme a tres medidas establecidas, de menor a mayor, para los ordenados de menores, diáconos y presbíteros; tener arreglado el cabello, las barbas y los bigotes; que sus vestidos sean decentes: manteos, lobs o sotanas negras, cerradas o abiertas, las mangas de la misma tela que la sotana y cerradas, y ninguna de estas prendas estará forrada en cosa de color, las medias negras o pardas, y todo ello sin ninguno de los adornos que suelen usar los seglares; en los lugares pequeños pueden usar ropas negras o sotanillas hasta media pierna; los ceñidores, modestos; en la cabeza, bonetes,

estando prohibidos los sombreros de gala y los semejantes a los de los seglares.¹³ Estas disposiciones buscan la decencia y la modestia en el vestir, tratando de evitar tanto la excesiva galanura como una apariencia miserable, de la que el dómine Cabra retratado por Quevedo en la *Vida del Buscón* puede ser un ejemplo.

Su misma dignidad no les permite portar armas, sino cuando van de camino y para su defensa, aunque no faltan los que las llevan en poblado, incluso de noche y desprovistos de hábito clerical, pues se preven penas de cárcel para ellos.¹⁴

En su comportamiento público debían evitar participar en juegos de dados y naipes, y hasta presenciarnos, o prestar dinero a otros para que jueguen.¹⁵ Si los juegos fueran lícitos, y no pueden evitarlo, se les autoriza a gastar en ellos una cantidad moderada, hasta seis reales, siempre que no se celebren en lugares públicos ni donde se siga escándalo.¹⁶ En los espectáculos deben mantener la compostura, evitando entrar en los lugares indecentes, como casas de juego, tabernas o bodegones; así como danzar y cantar cantares seglares o decir palabras vanas en celebraciones y reuniones.¹⁷ Tiene vedado, también, asistir e intervenir en las fiestas de toros, promover corridas y dar dineros para su celebración.¹⁸

Pero el mayor escándalo lo producen las relaciones de los clérigos con las mujeres. Por supuesto lo más perseguido es el concubinato,¹⁹ al parecer muy extendido y que en algunas diócesis, como revela una información secreta realizada por el obispo de Córdoba, Domingo Pimentel, a mediados del siglo XVII, alcanzaba al 15 por ciento de la clerecía.²⁰ Muchos de ellos tenían hijos, y se prohíbe taxativamente que se sirvan de estos en las celebraciones litúrgicas. Pero los continentes deben evitar cualquier sospecha, siendo prudentes en la elección de las que conviven en sus casas; incluso queda prohibido dar la mano a las mujeres y acompañarlas yendo en silla o a caballo.²¹

Desde luego no es muy halagueño el panorama del clero

que nos pintan las constituciones sinodales: irresidentes, ignorantes de las oraciones y la liturgia, jugadores, amigos de fiestas y toros, incontinentes. Estos mismos defectos nos los transmite la literatura, tanto la eclesiástica como la profana. Es una corriente que arranca de Erasmo y muy frecuente en los autores renacentistas. Fernández de Oviedo²² al escribir al final de sus días de los clérigos de Indias, los presenta amigos del juego, amancebados y embebidos en los tratos comerciales. Lo mismo dice Melchor Cano,²³ personaje nada sospechoso, de los castellanos, resaltando la avaricia, la soberbia y las aspiraciones de medrar personalmente. En los sermones se fustigan los mismos vicios, pero esto era obligado en cualquier predicador que se preciase. Abundan en ellos los calificativos de avarientos, disolutos, indevotos, holgazanes, regalados, profanos y torpes.

Si esto lo ven los eclesiásticos, la literatura profana también lo recoge. Son frecuentes las colecciones de cuentos, chistes y anécdotas que insisten en la ambición, rivalidad y soberbia en los miembros más encumbrados del clero, y en la malicia y zafiedad de los más bajos.²⁴ Recordemos al cura de la parroquia de San Salvador de Toledo, comerciante en vinos y amancebado, que para enmascarar esta situación casa a su barragana con Lázaro de Tormes.

Una de las causas de la baja calidad moral del clero se encuentra en las condiciones que han de reunir los candidatos a recibir las Órdenes Sagradas. En la diócesis de Toledo, para recibir la tonsura basta saber la doctrina cristiana y leer y escribir en latín; y para ser ordenado de presbítero es necesario saber bien cantar, estar instruidos en las ceremonias del misal romano y conocer la gramática.²⁵

Pero no dejemos que los árboles nos impidan ver el bosque. Todas estas situaciones son extraordinarias. En el clero secular hay buenos pastores, piadosos, competentes, celosos del bien espiritual y material de sus feligreses,

caritativos, fundadores y administradores de obras pías. Muchos son letrados, como el cura del lugar de don Quijote que conoce las últimas tendencias literarias y las obras de divertimento de la época. Gozan de la confianza de su grey que los toma como albaceas de sus testamentos. Y además, muchas de estas críticas pretenden la reforma de las costumbres, y en su mayor parte están escritas por miembros de Órdenes Religiosas, o por personas que, como el P. Jerónimo de Barrionuevo en sus *Avisos*,²⁶ tienen la intención de destacar lo escandaloso. Pese a todo, los defectos existen, pero no más que entre los seglares. Los clérigos seculares, en su forma de vida, no se diferencian mucho de las personas con las que conviven.



3. El clero regular

Los regulares salen mejor parados en el aspecto cultural. Ocupan las cátedras universitarias, con autores de las grandes obras de teología, espiritualidad o derecho. Los mejores predicadores están entre sus filas. Pero, ¿cómo es su vida cotidiana? De esto tenemos más noticias, pues regular significa estar sometido a una regla, y en ella se marcan todos los aspectos de la vida. La diversidad procede en este caso de la variedad de reglas de las distintas familias religiosas, y de los carismas que en ellas pusieron sus fundadores, de su dedicación a la vida contemplativa o la vida activa.

A. La vida contemplativa

La Regla de San Benito, la más antigua de las que se guardan en los años que estudiamos, es un ejemplo de equilibrio.²⁷ Pensada para reglamentar la vida de un solo monasterio, el de Subiaco, comienza estableciendo los valores de la vida espiritual que el monje ha de tener; pasa luego a las relaciones del abad, padre del monasterio, con los monjes; las condiciones para ingresar en él; los aspectos de la vida material, ropa, comida y bebida, dormitorio, enfermería; regula la oración en el coro, el trabajo, la disciplina monástica y la hospitalidad. Estas son las bases de la vida monástica. La reforma Cluniacense desfiguró este monacato benedictino al suprimir el trabajo manual de los monjes sobrecargando el oficio divino con rezos supererogatorios y excesiva pompa y boato en la liturgia, e introdujo un insoportable ritualismo en casi todos los pormenores de la vida cotidiana, clericalizando el monaquismo. En cambio restauró la disciplina e introdujo la espiritualidad auténticamente monástica de orientación contemplativa.

El Císter, surgido al calor de la reforma gregoriana, es un intento de restaurar la pureza original de la regla benedictina. Sus monasterios debían estar lejos de las ciudades, en la soledad de los bosques; la comunidad no podía vivir de las rentas, sino exclusivamente del trabajo manual, del cultivo de la tierra y de la cría de animales. De todos modos resulta difícil compaginar la Regla de San Benito con las *Consuetudines* y la *Carta Caritatis* que regulan detalladamente la vida de los cistercienses.

Benedictinos y cistercienses experimentarán gran decadencia a partir del siglo XIV y se verán sometidos a los avances de las reformas durante los siglos XV y XVI dando lugar a las congregaciones de las observancias.

La Cartuja no necesitó nunca reforma. Se encuentra más cerca del mundo anacoreta que del monástico. Su vida es de constante oración, interferida por el estudio y el trabajo, normalmente en soledad, excepto el oficio de Maitines, la misma conventual y las vísperas. Los domingos y algunas fiestas principales rezan el oficio en el coro, comen juntos y hacen una hora de recreo. Una vez a la semana dan un paseo fuera de la clausura.

Los jerónimos, la otra gran orden contemplativa, nace en el siglo XIV y son el motor de las observancias entre los monjes españoles.²⁸

Sean cuales sean las reglas, son la norma que define la organización, naturaleza y actividad de los monasterios. Con la implantación de las observancias el monasterio conservó su antiguo marco legal, con peculiaridades nuevas. Las primeras comunidades observantes, como Monte Sión, en Toledo, cabeza de la del Císter, eran pequeñas y en ellas predominan los legos. Toda la comunidad participa en las tareas domésticas, sin diferencias de estamentos o categorías. Pero la tendencia a la clericalización se abrió paso enseguida, como ocurrió con los jerónimos en 1415, durante la celebración de su Primer Capítulo General en Guadalupe.²⁹ del que salieron las constituciones por las que había de regirse la Orden. Aparece la distinción entre sacerdotes y legos en los principales aspectos de la vida religiosa: hábito diferente, obligaciones litúrgicas distintas, trabajo manual exclusivo de los legos, cargos de gobierno y administración reservados a los clérigos, etc. El grupo de los legos se ve desplazado de la decisión, no forman parte del Capítulo conventual, y reacciona a veces con inquietudes y violencias, que nunca condujeron a recuperar la igualdad primitiva. A su lado está, en ciertas órdenes, un tercer elemento de la familia monástica, introducido por el Císter: los donados, simples servidores de la casa religiosa, que nunca llegaron a influir en su marcha.

El monasterio está regido por un abad o un prior, ayudado por uno o más vicarios y un determinado número de oficiales, dependiendo de la riqueza del monasterio y el número de su comunidad. Accede al cargo por elección comunitaria y permanece en el mismo por tiempo limitado, generalmente un trienio. Antes de las reformas de la observancia el abad lo era de por vida. Este sistema reportó beneficios, pero también introdujo un elemento de tensión al sucederse las elecciones y no poder ser reelegidos por dos periodos consecutivos, lo que en algunas ocasiones dividió las comunidades en partidos que intentan controlar en sus manos los órganos de decisión. Está vinculado al superior general por la obediencia y a su comunidad, cuyas decisiones tomadas en el capítulo conventual le obligan en la medida que determinen las constituciones, que elige un consejo de discretos para que le asesoren en los casos más graves. Tiene una participación decisiva en la elección de los vicarios, a los que corresponde el gobierno de la casa durante sus ausencias.

Las observancias se caracterizan por un menor número de oficios monásticos, y sobre todo por su dependencia directa del abad y de su consejo: el cantor, responsable de la liturgia y a veces de la librería; el cillero, el arquero y el administrador o mayordomo, encargados de la hacienda monástica, de la que deben confeccionar inventarios actualizados e informar al abad y al capítulo conventual; el maestro de novicios, cargo de capital importancia, encargado de la formación de los aspirantes a la vida monástica; el sacritán, el ropero y el portero, cuyos ministerios conciernen a la casa religiosa en el interior y en sus relaciones con los seglares.

La jornada del monje se estructura en tres ámbitos: la liturgia, el trabajo y el estudio. El calendario está jalonado de solemnidades litúrgicas a las que se prepara con distintas celebraciones rituales: ayunos, abstinencias, capítulos de culpas y duras penitencias. Pero lo que destaca sobre todo es

la clausura estricta practicada por los observantes: reclusión perpetua dentro del recinto monacal; la exclusión de los seglares, fuera del ámbito de la iglesia y la portería; el silencio continuo en las dependencias monásticas; el aislamiento del exterior, para el que se instalan los correspondientes dispositivos: rejas, redes, velos, rallo y tornos; el control de las oficinas monásticas que tienen comunicación con el exterior, como la portería, encomendadas a monjes discretos y con muchos años de hábito.

La misma naturaleza de su vida reclusa, su escaso número y la situación de los monasterios en lugares apartados hacen que su presencia pase casi desapercibida, y gocen del respeto de sus contemporáneos.

B. Las comunidades de los mendicantes

Por el contrario, los mendicantes, dominicos, agustinos, mercedarios, trinitarios, carmelitas y sobre todo franciscanos, son numerosísimos, y por su misma naturaleza se encuentran incardinados en las ciudades. Configuran de tal manera el contexto urbano que su mayor o menor presencia significará el mayor o menor esplendor económico y cultural de las ciudades. Surgidos a finales del siglo XII aspiran a la pobreza individual y colectiva que sirva de ejemplo a los fieles y sirva de antídoto contra los movimientos pauperísticos heréticos. A diferencia de los monjes abandonan la estabilidad física y comunitaria para dotarse de una mayor disponibilidad a la Iglesia a escala universal. Sus conventos no serán independientes ni autónomos, incardinados en una organización que acentúa fuertemente la idea comunitaria, manifestada en tres niveles: el local, el provincial y el general; y una dirección central y unitaria, asumida por el superior general, cuyo radio de

acción y competencia jurisdiccional es directo e inmediato en todas las casas y en todos los frailes. Buscan la cercanía de los seglares, su campo de actividad pastoral, por lo que la clausura queda limitada al interior del convento. La predicación es su principal ministerio, aunque no falten los que se dedican a obras asistenciales, y el sermón se convierte en la parte más importante del servicio religioso. La necesidad de una preparación cultural para cumplir bien este ministerio les lleva a dedicarse al estudio y luego al asalto de las cátedras universitarias.

El superior del convento, guardián o prior, no tiene autoridad para imponer su criterio a la comunidad, que tal como lo ha elegido puede “sindicarle”, llegando a deponerle; y si le ha sido impuesto por las autoridades del provincial, al considerarlo su vicario, puede recurrir a éste. Su función apenas sobrepasa la de un animador de la comunidad local, vigilando la observancia regular y el cumplimiento de las actividades de la casa, principalmente las ministeriales. Debido al menor volumen humano y económico de la casa mendicante, los oficios conventuales de los legos (portero, hospedero, cocinero, enfermero, sacristán, hortelano) o clericales (vicario, administrador, vicario de coro, predicador) no adquieren una destacada personalidad.

En el convento está reducido al mínimo el espacio físico y arquitectónico: iglesia, claustro con sus principales dependencias de refectorio, sala capitular, librería, dormitorio y pequeño jardín conventual. La vida comunitaria discurre por cauces de gran simplicidad. No hay privilegios, al menos entre los descalzos, que han suprimido los que gozaban los graduados a los que se les asignaba un socio para su servicio y estaban exentos, parcial o totalmente, del refectorio común y disfrutaban de celdas y jardines personales;³⁰ además se les concedía dinero para “cosas necesarias”, que luego se trocarían en peculios personales. También los superiores tienen

que conformarse estrictamente con los demás miembros de la comunidad.

La casa carece de recursos; en unos casos porque no se permite propiedad alguna ni dinero, y se ha de vivir exclusivamente del trabajo, retribuido a voluntad de los que se benefician del mismo; en otros porque, si bien se permiten aportaciones menores procedentes de herencias o donaciones, nunca llegan a conseguir la autosuficiencia económica de la casa. En todo caso no se tolera forma de apropiación alguna, ni siquiera de libros litúrgicos o escritos espirituales. Se trabaja manualmente todos los días, aunque varíe su duración y sólo sea preceptiva para los hermanos legos. Y se controla rigurosamente la suficiencia y dedicación de quienes ejercen el ministerio de la predicación y la administración de la penitencia.

El centro de la vida comunitaria es la oración: la litúrgica, más simplificada que en el mundo monástico, que consiste en la recitación del breviario romano; la privada, comunitaria o individual, que se nutre de la lectura espiritual diaria; y la devocional que sigue el amplio calendario santoral con ejercicios litúrgicos y devocionales.

Los descalzos introducen prácticas renovadoras de la vida espiritual comunitaria: la confesión semanal y la comunión quincenal; capítulo de culpas comunitario una o dos veces por semana; y diversas prácticas penitenciales.

La formación básica de los novicios se entrega al maestro, figura muy potenciada, que les proporciona una instrucción elemental que les capacita para el canto y la recitación del oficio divino. A mediados del siglo XVI el nivel de los aspirantes ha ido evolucionando y se procura a los candidatos una formación académica normal, sobre todo a los que previsiblemente iban a ser dedicados a la predicación y la confesión. Cada provincia fue creando estudios filosófico-teológicos, alcanzando en la segunda mitad del siglo un

alto grado intelectual y cultural. Conventos en grandes centros urbanos y universitarios acogen a los estudiantes y mendicantes, conventuales o descalzos, son muchos de los hombres destacados de la literatura de final del siglo,³¹ con una incesante producción que se difunde ampliamente gracias a la imprenta.

Esta es la vida de los mendicantes: oración, predicación, dedicación solícita a los pobres, redención de cautivos.

Pero no todo es un paisaje idílico. Los frailes son objeto de las críticas de la literatura culta y popular, y no voy a insistir en ello. Un reflejo de la situación real de los conventos se encuentra en las nada sospechosas páginas de las visitas o inspecciones periódicas que los superiores o sus delegados giran a las casas y personas de la Orden, para conocer el cumplimiento de la disciplina regular y la vida comunitaria. Sigamos el resultado de la que el General de los Carmelitas, P. Rubeo, giró a España entre 1566 y 1567, antes del inicio de la reforma teresiana.³²

El General encontró la provincia de Castilla tranquila, pero falta de frailes. En Andalucía, se topó con una provincia dividida por el mal gobierno del provincial, fr. Gaspar Nieto y su camarilla.

En el convento de Jaen halló un prior violento y una comunidad que vestía y comía muy pobremente, que no se rezaban las horas canónicas ni se había cantado misa en Pascua y otras fiestas señaladas, y tuvo noticias de que el subprior no era honesto.

En Granada los frailes se le quejaron de que recibían del prior un trato de esclavos, que no tenían camas, ni manteles, ni tazas en el refectorio, que todo el convento estaba sucio, que el prior y dos de sus partidarios se apropiaban del dinero del arca de la comunidad y que era un mujeriego. Poco a poco va conociendo los actos del partido de los Nieto y cómo éstos amañan las elecciones.

En Antequera, encuentra un prior como los anteriores, que no acude nunca al coro y celebra misa raras veces, que se jacta de hacer lo que le da la gana, mientras él se cuida exquisitamente los otros pasan necesidades, que en el refectorio no hay silencio ni lectura, y tampoco faltan notas de deshonestidad. Lo mismo encuentra en el prior de Castro del Río.

En Córdoba el prior se regala como un príncipe, raras veces va al coro y celebra misa unas quince veces al año. Los frailes son indolentes, juran y blasfeman, no se levantan a maitines. El convento tiene grietas y hay pobreza en el ajuar y la comida, y no se atiende a los enfermos.

En Ecija los frailes frecuentan el convento de las monjas con escándalo. El prior asiste rarísimamente al coro, nunca se le ve rezar el oficio y los domingos ni celebra ni asiste a misa. Los frailes vagan por la ciudad. Y el provincial reside con frecuencia en este convento “porque se ha aficionado a la priora”, como declara uno de los frailes.

En Carmona, por fin un alivio. El prior es honesto, da buen ejemplo, es caritativo con los religiosos, particularmente con los enfermos, la comida es suficiente, hay arca y todos depositan en ella el dinero. Todos obedecen al prior, hay silencio y se guarda la clausura, hay buen culto en la iglesia y todos asisten al coro. Los frailes gozan de buena fama y de la simpatía del pueblo.

Por último, en Sevilla, conoció los sucesos protagonizados por fr. Melchor y fr. Baltazar Nieto, hermanos del provincial, dignos de una novela de aventuras, con prisiones y fugas rocambolescas, y sus desmanes en el gobierno de la provincia donde no quedaba un solo precepto por quebrantar.

Tras reunir el Capítulo Provincial y dictar unas suaves medidas de reforma, marchó hacia Lisboa. En Portugal encontró un remanso de paz.

Insisto en que no se trata de notas escandalosas sacadas de

obras literarias, o atribuidas a la pluma de los descalzos que quieren cargar las tintas para justificar su movimiento.

Mientras esto sucede, en el colegio de San Andrés de Salamanca se forma el futuro san Juan de la Cruz, hermano de religión de los Nieto. Y como él, otros muchos frailes de todas las religiones viven una vida ejemplar. No son raros los ejemplos de abnegación de los religiosos con motivo de las epidemias de peste que a finales de siglo asolaron la península, a costa, en muchos casos, de la propia vida, “movidos de caridad”, mientras el clero secular abandona las ciudades.³³

C. Los monasterios femeninos

El de las monjas es otro mundo. No hay entre ellas una diferencia tan marcada entre las órdenes monásticas y mendicantes. Desde sus orígenes, las Damas Pobres de Asís, de la hermana Clara, tuvieron que aceptar un modo de vida semejante al de las monjas, al parecer por disposición de la Curia Romana que no veía bien su dedicación a la mendicidad fuera del convento. Para ellas escribió el hermano Francisco una “forma de vida”, en la que establece la pobreza absoluta viviendo del trabajo de sus manos. Las clarisas han sido siempre las más numerosas entre las órdenes femeninas. Las diferencias no se encuentran tanto en las reglas o constituciones cuanto en las disponibilidades económicas de los monasterios, que hace que haya grandes contrastes incluso dentro de la misma familia religiosa.

En la época que estudiamos, el acontecimiento más significativo fue la implantación de la clausura después del concilio de Trento. Hasta entonces los monasterios femeninos gozaban de una cómoda autonomía en su lejana dependencia

de los obispos diocesanos. La nueva medida implicaba, sobre todo, la aceptación de la clausura estricta, que excluía por igual la salida al exterior de las monjas profesas y la visita libre de los seglares, sobre todo varones, a los monasterios. Esto chocaba en España con grandes obstáculos porque había monasterios que nunca se habían sometido plenamente al estatuto monacal ni habían guardado la clausura, y por otro lado la bula “Inter Caetera”³⁴ les permitía la mendicidad. Además muchas monjas, forzadas por el hambre, buscaban pretextos para estar en casa de sus familiares. La presencia de los varones en los monasterios era frecuente y ha sido recogida por la literatura y el teatro de la época; son los galanes de monjas que acuden con asiduidad a los locutorios que en ocasiones se convierten en lugares de fiestas y saraos, con el quebranto consiguiente de la disciplina regular.

Muchos monasterios acogían a doncellas seglares que allí eran instruidas en las labores y en la piedad, en completo retiro del mundo, sometidas a un régimen de vida que las defendía de todo peligro moral. Eran conocidas con el nombre de “doncellas de piso”.³⁵

Encerradas tras los muros del monasterio, la fuente principal de sus ingresos se encuentra en las dotes que las obligara, en muchos casos, a recibir a un crecido número de aspirantes. La importancia de estas dotes determinó de forma rigurosa la extracción social de las monjas y una especie de jerarquización interna totalmente ajena a la regla. La morada de cada monja variaba según su calidad y la dote que traía. Muchas dormían en el dormitorio común. Otras disponían de habitaciones amplias y admitían por compañía a otras parientes o amigas. Las celdas eran viviendas individuales, pequeños apartamentos a los que se accedía por una puerta que daba a un zaguán al que se abrían otras dos puertas, una la de la cocina y otra la del cuarto de estar con la alcoba al fondo. No es extraño que esta costumbre provocara las

protestas de Cellorigo,³⁶ que se extrañaba de que los hombres sin fortuna pudieran entrar en religión, mientras que las mujeres no lo pod[ían] hacer sino a costa de satisfacer unas dotes que en muchas ocasiones superaban los 500 ducados, llegando a alcanzar los 850 e incluso los 1,000.³⁷ A ello hay que añadir la costumbre que se implantó de percibir un derecho de entrada además de la dote. Este derecho solía consistir en una comida a toda la comunidad el día de la profesión de la monja, más los cirios necesarios para la ceremonia y un regalo para cada una de las residentes en el convento, que en el caso de Teresa de Ahumada, consistió en una toca nueva o su valor para cada una de las casi 200 religiosas que había en la Encarnación.³⁸

Tan alto número no es extraordinario y abundan los monasterios que reúnen comunidades que superan el centenar de miembros, a los que hay que añadir demandaderos, criados, capellanes, confesores, administrador, médicos y cirujanos, servidores que en el caso de San Clemente de Toledo, desde finales del siglo XVI y hasta mediados del XVII suman más de 40 personas.³⁹

Lo que el P. Rubeo, general del Carmen, encontró en la Encarnación de Ávila era un fiel reflejo de esta situación.⁴⁰ La economía del monasterio se resentía por el escaso sentido de vida común, ya que cada monja miraba remediarse por su cuenta. Muchas gozaban de rentas, retenían limosnas y dineros y gastaban en su propio interés las ganancias de sus labores. Bajo mano se montaban ciertos negocios privados. Se compraban y vendían celdas y algunas legaban sus bienes a sus deudos. Entre ellas abundaban las “doñas”, pertenecientes a los mejores linajes de Ávila. Era estridente el nivel de estas doñas y las del dormitorio común. El prurito de sobresalir se echaba de ver en el mismo coro, donde las doñas querían ocupar los mejores lugares, y en las criadas que pretendían tener a su disposición. Situación semejante

encontramos en otros monasterios, como el cisterciense de San Clemente de Toledo, ya citado.

Pero la vida en la Encarnación no era fácil. Cuando Teresa de Ahumada ingresa en el monasterio la vida ordinaria se regía por una austerísimas *Constituciones primitivas*.⁴¹

Desde el 14 de septiembre hasta Pascua, salvo tres días a la semana, sólo hacían una comida, y comían carne tres veces a la semana. Se ayunaba en Adviento y Cuaresma. Durante las comidas en el refectorio se leían vidas de santos, homilias o sermones “de la fiesta que conviniera y de los libros de doctrinas aprobadas, según la traída del confesor”.

Durante todo el año tenían disciplinas los lunes, miércoles y viernes. Dormían sobre colchones, sin sábanas de lino, sino con mantas de lana o estameña, y se acostaban vestidas con la túnica de abajo, ceñida, y con el escapulario.

Las labores eran en salas comunes, presididas por la priora o una de sus delegadas.

El silencio se guardaba con rigor, en todo tiempo en la iglesia, el coro, el claustro, el refectorio, el dormitorio y las celdas.

En cuanto a la vida de piedad, las constituciones sólo ordenaban actos externos de oración vocal. Los oficios divinos se celebraban con esplendor. Confesaban una vez por semana o cada dos lo más tarde. Cada una debía tener un confesor señalado, honesto, devoto, sabio y discreto, aprobado en la observancia regular, y no demasiado joven. Las comuniones eran muy pocas; las Constituciones marcan como días obligatorios los primeros domingos de Adviento y Cuaresma, Navidad, Jueves Santo, Pascua, Ascensión, Pentecostés, Corpus, Todos los Santos, fiestas de la Virgen y los días de toma de hábito y profesión. Pero cada una podía comulgar más o menos a menudo dependiendo del consejo de su confesor y con licencia de la priora.

Las novicias vivían por separado. No se les encomienda

ningún oficio del convento, no tratan con los extraños y gente de fuera, no asisten al capítulo conventual y de culpas y ninguna religiosa las podía reprender fuera de la maestra, salvo la superiora para el coro y no en otro lugar. Tras la profesión, todas las monjas permanecen cuatro años bajo la autoridad de la maestra de novicias.

Cuando Santa Teresa concibe su reforma piensa siempre en conventos reducidos, no más de quince monjas, con grandísimo encerramiento y fundadas en la oración y la mortificación. Su primera intención es fundar monasterios sin dote, aunque luego se verá obligada a desistir. En principio tampoco quería diferencias entre las religiosas, siendo todas profesas de velo negro. Luego en Malagón admitirá frailas de velo blanco sin obligación de coro. Sus constituciones parece que influyeron en las que regirán el monasterio de las Descalzas Reales de Madrid,⁴² en el que pasó una temporada. Estas rezaban Maitines a media noche y a continuación tenían una hora de oración mental. Se levantaban a las cinco, oían misa, rezaban Prima y Tercia, seguida de la “misa de tertia” y media hora de oración. Después, labor. A las nueve, Sexta y Nona; después la misa mayor. Labores hasta las once y comida. Vísperas a las tres. Oración a las cinco y a las seis colación. Después completas y oración hasta las ocho, que era la hora del descanso. Este régimen de vida no difería mucho del que observaban los jerónimos de Guadalupe.⁴³



4. El modelo barroco de la vida religiosa

Esta vida de oración, recogimiento y penitencia llama poco la atención del pueblo en la España del Barroco. Quiero concluir con dos notas de lo que en la mentalidad de la época es la vida propia de los religiosos. Ambas tienen que ver con el reformador del Carmelo. La primera es el caso fantástico de doña Catalina de Carmona, extraña ermitaña cuyo afán por lo maravilloso y extremo caló en los descalzos de Pastrana.⁴⁴

Vestía sobre su cuerpo una túnica de sayal grueso y encima un hábito de burriel ceñido con un cordón de franciscano, sobre el que llevaba una capa del mismo paño. Usaba cilicios de cardas, de tomizas de esparto con nudos gruesos, o de cerdas de caballo. Se disciplinaba con cadenas de hierro o rodecillas de abrojos. Causó sensación en la corte de la princesa de Eboli. La relación de su portentosa vida nos recuerda a la de San Antonio en el desierto, donde son frecuentes las luchas con los demonios y la sumisión a la ermitaña de los animales más ponzoñosos. Visitó al rey al que reveló sus visiones; recogió abundantes limosnas entre los nobles y partió para una extraña fundación, en La Roda, acompañada por tres descalzos, uno de los cuales era nuestro conocido fr. Baltazar Nieto. En poco tiempo dilapidó el dinero y la fundación se deshizo, los frailes regresaron a Pastrana y ella quedó en La Roda donde murió rodeada de la veneración popular. Los excesos de doña Catalina habían influido notablemente en el maestro de novicios que obligaba a sus discípulos a realizar extravagancias dentro y fuera de la comunidad, tales como: enviarlos por las calles haciendo rarezas para que los tuvieran por locos; empeñarse en imitar a los antiguos monjes o santos, sobre todo en el rigor de las mortificaciones; penitencias excesivas que San Juan de la Cruz, enviado a deshacer tantas barbaridades,

calificó luego de “penitencias de bestias”; todo ello olvidando el recogimiento, la soledad y el trato con Dios.⁴⁵

Este no es un caso extraordinario, baste recordar a Íñigo de Loyola, recién convertido andando por las calles de Manresa en un hábito semejante, practicando similares penitencias, viviendo de la limosna, conocido por los lugareños como el “hombre del saco”, pronto transformado en el “hombre santo”.⁴⁶ Parece como si la santidad y la perfección no pudiese alcanzarse, sino por medio de este género de vida.

Por la misma razón, y éste es el segundo ejemplo, las vidas de los santos de la España Barroca, no son otra cosa que hagiografías de hechos portentosos.⁴⁷ Teófanés Egido lleva varios años luchando por rescatar la vida de San Juan de la Cruz de la maraña de mentiras en la que se convirtió su historia oficial, para adecuarla a los modelos de santidad imperantes en la época.⁴⁸ Entonces no se concebía la posibilidad de un santo que no hubiera sido virgen, que no hubiera estado encuadrado en el estamento eclesiástico, preferentemente en alguna de las Órdenes Regulares. Por eso el estudio de las “vidas” de los santos de esta época nos hace patente cuál es el ideal de la vida religiosa en la España Barroca: una vida como instrumento de Dios, en lucha constante contra el enemigo, llena de intervenciones milagrosas; y una muerte de acuerdo con las “artes de bien morir”, tan extendidas entre el pueblo desde la Edad Media, en eso que se ha llamado “olor de santidad”.



Notas

¹ *Demografía eclesiástica hasta el siglo XIX en Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, vol. 2, C.S.I.C., Madrid, 1972, págs. 682-733.

² Molinie-Bertand, A. "Le clergé dans le royaume de Castille a la fin du XVI Siècle", en RHES, 1 (1973), págs. 6-53.

³ *Conservación de monarquías*, Biblioteca de Autores Españoles, discurso XLIII, pág. 538.

⁴ Domínguez Ortiz, A. *Las clases privilegiadas en la España del Antiguo Régimen*, Ed. Istmo, Madrid, 1973, págs. 201-214.

⁵ Azcona, T. de, *La elección y reforma del episcopado español en tiempo de los Reyes Católicos*, C.S.I.C., Madrid, 1960.

⁶ *Op. Cit.*, págs. 251-271.

⁷ Utilizaremos las *Constituciones Sinodales* del Arzobispado de Toledo, en especial las emanadas del sínodo celebrado por el Cardenal portocarrero en Toledo en abril de 1682.

⁸ Cons. de portocarrero, Libro 3o, Título 3o, Constitución II, págs. 99-100. Había sido establecido por el Concilio de Trento y ordenado en el concilio provincial de Toledo de 1565 y por los arzobispos toledanos Carrillo, Cisneros, Tavera y Quiroga.

⁹ Cons. de portocarrero, Libro 3o, Título 3o, Constitución II, págs. 100-101. También establecido en Trento y presente en las constituciones sinodales de los arzobispos de Toledo, Quiroga, Rojas, el Cardenal Infante y Moscoso.

¹⁰ Cons. de portocarrero, Libro III, Título XIV, Constitución I, págs. 158-159. Decretado también el concilio de Trento, en el provincial toledano de 1565 y en las sinodales de los arzobispos Tavera, Quiroga, Rojas, Cardenal Infante, Moscoso y Gómez. La relación completa de los días en que han de celebrar misa obligatoriamente es la siguiente: las tres Pascuas del año; los días del Corpus y la Ascensión; los de la Asunción, Natividad y Concepción de Nuestra Señora; los de los apóstoles San Pedro y San Pablo; los primeros domingos de Cuaresma y Adviento; los días de Todos los Santos y de los Difuntos; los días de San Ildefonso, San Eugenio, Santa Leocadia y la Descensión de nuestra Señora en la Iglesia de Toledo.

¹¹ Cons. de portocarrero, Libro III, Título XIV, Constitución XIII, págs. 168-170. Presente también en las constituciones de los arzobispos Tavera, Quiroga, Rojas, Cardenal Infante y Moscoso. Para favorecerlo, se recuerda que la lectura del breviario permite ganar indulgencias.

¹² Cons. de portocarrero, Libro 3o, Título XIV, Constitución VI, pág. 163.

¹³ Cons. de portocarrero, Libro 3o, Título 1o, Constitución I, págs. 89-90. Presente también en las constituciones de los arzobispos Alonso Carrillo, Tavera, Quiroga, Rojas, Cardenal Infante, Moscoso y Gómez. Y en el título "de vita et honestate clericorum" del concilio tridentino.

¹⁴ Cons. de portocarrero, Libro 3o, Título 1o, Constitución II, pág. 91. Lo prohíben también las constituciones sinodales de Alonso, Carrillo, Tavera, Quiroga, Rojas, Cardenal Infante, Moscoso y Gómez.

¹⁵ Cons. de portocarrero, Libro 3o, Título 1o, Constitución IV, pág. 92. Está presente en el tridentino y en las constituciones de Tavera, Quiroga, Rojas, Cardenal Infante, Moscoso y Gómez.

¹⁶ Cons. de portocarrero, Libro 3o, Título 1o, Constitución V, pág. 92. Lo recogen también las de Quiroga, Rojas, Cardenal Infante, Moscoso y Gómez.

- ¹⁷ Cons. de portocarrero, Libro 3o, Título 1o, Constitución VI, pág. 93. Establecido por el Concilio de Trento.
- ¹⁸ Cons. de portocarrero, Libro 3o, Título 1o, Constitución VII, págs. 93-96.
- ¹⁹ Cons. de portocarrero, Libro 3o, Título 2o, Constitución I, págs. 96-98. Prohibido por el Concilio de Trento, así como por las sinodales de Tavera, Quiroga, Rojas, Cardenal Infante y Moscoso.
- ²⁰ Cobos de Adana, J. *El clero en el siglo XVII; estudio de una visita secreta a la ciudad de Córdoba*, Córdoba, 1976.
- ²¹ Cons. de portocarrero, Libro 3o, Título 1o, Constitución III, pág. 91. También lo prohíben las sinodales de Tavera, Quiroga, Rojas, Cardenal Infante, Moscoso y Gómez.
- ²² *Las Quinquagenas de la nobleza de España*, I, Madrid, 1880.
- ²³ *Tratado de la victoria de sí mismo*, en *Obras escogidas de filósofos*, Biblioteca de Autores Españoles, LXV.
- ²⁴ Una selección de ellos en Caro Baroja, J. *Las formas complejas de la vida religiosa (Siglos XVI y XVII)*, Ed. Sarpe, Madrid, 1975, págs. 200-204.
- ²⁵ Cons. de portocarrero, Libro 1o, Título 7o, Constitución I, pág. 46. También lo establece el Concilio de Trento.
- ²⁶ Biblioteca de Autores Españoles, CCXXI y CCXXII. Curiosamente, Barrionuevo era tesorero de la iglesia de Sigüenza, pero vivía en Madrid. Un caso claro de irresidencia en su beneficio.
- ²⁷ *La Regla de San Benito*, Ed. de García M. Colombás e Iñaki Aranguren, B. A. C., Madrid, 1979.
- ²⁸ Revuelta, J. M. *Los jerónimos*, Guadalajara, 1982. Aborda en esta obra la etapa fundacional de la Orden hasta la celebración del Primer Capítulo General.
- ²⁹ Vizuite Mendoza, J. C. *Guadalupe, un monasterio jerónimo*, Madrid, 1988, págs. 122-136.
- ³⁰ Esto lo permitían las Constituciones de la Orden del Carmen de 1324.
- ³¹ Baste la cita de los nombres de Domingo de Soto, Melchor Cano, Francisco de Vitoria, fran Luis de León, fray Luis de Granada, Juan de Robles, Tirso de Molina, y San Juan de la Cruz.
- ³² Estudiada por Steggink, O. *La reforma del Carmelo español; la visita canónica del general Rubeo y su encuentro con Santa Teresa (1566-1567)*, Roma, Institutum Carmelitanum, 1965. Especialmente en el capítulo 4. *El general Rubeo y la visita de España*. La relación de la visita se encuentra en el Archivo General de la Orden Carmelita en Roma, *Visitatio hispanica*. Para los ejemplos que siguen: *II Baetica* 5.
- ³³ Algunos ejemplos de este comportamiento en Bennassar, B. *Historia de los Españoles*, I, Ed. Crítica, Barcelona, 1989, págs. 465-466.
- ³⁴ León X, 21 de enero de 1521.
- ³⁵ Como una de ellas se educó Teresa de Ahumada en el convento abulense de las agustinas de Santa María de Gracia. Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, *Tiempo y vida de Santa Teresa*, B.A.C., Madrid, 1987, 2a. ed.
- ³⁶ Gonzalez de Cellorigo M., *Memorial de la política necesaria y útil a la restauración de España...*, Valladolid, 1600.
- ³⁷ Sobre las dotes para los conventos de Andalucía Occidental es muy útil el libro de José L. Sánchez Lora, *Mujeres, conventos y formas de religiosidad barroca*, Fundación

Universitaria Española, Madrid, 1988; en especial el capítulo II: *Monjas y ducados: los costos del claustro*, págs. 97-138.

³⁸ La carta de dote de Santa Teresa, formalizada el 31 de octubre de 1535, en *Tiempo y Vida de Santa Teresa*, págs. 67-68.

³⁹ Un estudio sobre el coste de los asalariados del monasterio en la ciudad de Toledo en mi artículo *Soluciones para una crisis: el Monasterio de San Clemente de Toledo a mediados del siglo XVII*, en las *Actas del Congreso Internacional de Monacato Femenino en España, Portugal y América (1492-1992)*. Universidad de León, actualmente en prensa.

⁴⁰ *Tiempo y vida de Santa Teresa*, págs. 93-95.

⁴¹ Archivo del Monasterio de la Encarnación, recogidas en *Tiempo y Vida de Santa Teresa*, págs. 101-102.

⁴² *Tiempo y Vida de Santa Teresa*, pág. 437.

⁴³ Vid. mi *Guadalupe, un monasterio jerónimo*, en especial la segunda parte: *La ordenación de la vida monástica*, págs. 111-219.

⁴⁴ Dos relaciones de su vida se encuentran en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid: *Relación de la Santa Madre Catalina de Cardona, difunta*, ms. 3.537; y *De la buena mujer Catalina de Cardona*, ms. 4.231.

⁴⁵ Un relato de las excentricidades se puede ver en la *Vida de San Juan de la Cruz*, del P. Crisógono de Jesús, B. A. C., Madrid, 1991, 12a. ed., págs. 100-104.

⁴⁶ García Villoslada, R. *San Ignacio de Loyola, Nueva Biografía*, B. A. C., Madrid, 1986, págs. 209-212.

⁴⁷ Sánchez Lora, J. L., *Obr. cit.*, dedica los dos últimos capítulos a la hagiografía barroca en el mundo de las religiosas.

⁴⁸ Sobre este tema insistido en varias ocasiones, la más reciente en su colaboración en el volumen colectivo *Juan de la Cruz: espíritu de la llama*, ed. del Instituto Carmelitano, Roma, 1991; con un artículo titulado *San Juan de la Cruz: de la hagiografía a la historia*, págs. 5-22.